

DESDE NUEVA YORK

UNA NUEVA ERA

¿Se trata de verdadero fair play o de simple cortesía postelectoral? Finalizada la carrera presidencial hacia la Casa Blanca, Richard Nixon no vacila en visitar a su derrotado contrincante Humphrey y a su compañero Muskie. El encuentro parece responder al propósito de Nixon de iniciar una etapa de colaboración entre republicanos y demócratas.



Richard Nixon debe dar su nombre a una nueva era de la vida americana, que comenzará a partir del 20 de enero. La simbología de la nueva era, la ilusión de «partir de cero», está inscrita en los grandes cambios presidenciales. Roosevelt habla del «New Deal»; Kennedy, de «nueva frontera». Esta vez no se trata de un giro lingüístico, de un encubrimiento programático, de una ilusión, de un sueño americano de renovación. Estados Unidos debe entrar en una nueva era, y el que lo hagan con Nixon, como lo hubieran hecho con Humphrey, es algo que aparece como marginal. La nueva era americana es un problema biológico. Es un problema sociológico.

La vida americana se desarrolla en tres planos esenciales. Existe el plano de la política visible, de la liturgia de la que ahora Nixon va a ser oficiante. Es el de las fechas, los parlamentos, los discursos, los viajes, las negociaciones. Este es el terreno de lo que se llama aquí «la administración». Se habla de la «administración Kennedy», de la «administración Johnson», se prevé la «administración Nixon». Técnicamente, es un término impropio: un gobierno no es una administración, sino una gerencia, una dirección. Pero la expresión es de un gran realismo para describir lo que sucede. La «administración» está sujeta a una dirección desde arriba, desde los grandes intereses del capital acumulado. Este es otro plano de la vida americana, y tiene un nombre certero: capitalismo. Durante muchos años de la vida americana, el capitalismo ha podido gobernar a través de la administración sin graves problemas. Prometía y ofrecía una vida feliz y no encontraba reacciones negativas por parte de los gobernados. A partir de una serie de circunstancias el capitalismo frustró algunas o muchas de esas promesas, y una parte de los gobernados encontró que su coexistencia con el

capitalismo no podía continuar. Este es el tercer plano de la vida americana actual, y probablemente el más amplio. Es el plano donde se desarrollan la dinámica de la vida, el crecimiento demográfico, la percusión de la técnica sobre el hombre, la abundancia de las clases de edad joven y el juego de presiones exteriores, de países amigos, países independientes y países enemigos. Las presiones crecientes sobre estos grupos de las necesidades capitalistas, en forma de guerras, de mano de obra barata —los negros—, de condicionamiento de la juventud, de impuestos, de precios elevados; las resistencias de los países exteriores —divididos a su vez en grupos— a facilitar la expansión del capitalismo americano a su propia costa, han provocado las primeras reacciones negativas. El capitalismo, que durante un tiempo no solamente marchó de acuerdo con la dinámica de la vida, sino que, en este país, a costa de otros, se adelantó y abrió caminos, se ha ido quedando retrasado, encerrado en su propio conservadurismo. Si en el plano de la vida natural el ritmo es rápido, como consecuencia de las mutaciones continuas, en el plano del capitalismo el ritmo es lento, como consecuencia de su propio conservadurismo. No hay concordancia. En el plano de la administración hay arritmia. La administración trató de despegarse del capitalismo en la «era Kennedy»: todos sabemos cómo terminó. En la «era Johnson» creyó que debía desposar el ritmo conservador del capitalismo: la vemos ahora desmoronarse en la tragedia y en el descrédito. Los intentos que haga la «era Nixon» están todavía inéditos. Se saben los programas, pero los programas electorales no cuentan.

Las palabras clave de este momento tienen todas un mismo sentido. Se habla de «reconciliación», de «reunificación» —bring

EN PUNTO

"STALINISMO" EN POLONIA: EL PROFESOR SCHAFF, EXPULSADO

El «stalínismo» —tal como lo hemos definido aquí en varias ocasiones anteriores, es decir, como expresión de la estrechez teórica, esquematismo ideológico y conservadurismo político, resultado de unas condiciones históricas concretas— cobra en los países socialistas un nuevo brío, mientras que los P. C. occidentales tratan de desembarazarse de sus últimos residuos en busca de una alianza con el social-democratismo sobre una base política reformista (ejemplo elocuente, el partido italiano). Si, por una parte, desde la Alemania Democrática se está materialmente bombardeando con propaganda justificativa de la invasión de Checoslovaquia a los militantes de base de los partidos italiano y francés —sin contar con las respectivas direcciones de los mismos—, por otra, en Polonia se recrudece la impugnación, a nivel práctico, contra los intelectuales más abiertos (aunque firmemente ortodoxos). Así, la pasada semana ha sido expulsado del partido el profesor Adam Schaff, muy conocido en todo el mundo por sus libros «Filosofía de la persona» —una polémica con Sartre— y «Lenguaje y conocimiento», ambos publicados en América Latina. Schaff es, junto con el checo Kosik, el intelectual de mayor relieve del campo socialista. Con él ha sufrido la misma sanción el profesor Kolkiewski.



DAYAN
HABLA
CLARO

Ante la posibilidad de conversaciones entre árabes e israelíes, concernientes a la hipotética evacuación de los territorios conquistados a raíz de la guerra de los seis días, rumor recogido el pasado 15 de octubre por uno de los periódicos más ultras del país, Dayan ha hablado en términos categóricos: más que negociar con una monarquía lituabeante —ha venido a decir— habría que presentarse para una nueva guerra, ineluctable, según él, porque los árabes no renunciarían jamás a lo que habían perdido a causa de la guerra de los seis días. «En la espera —ha añadido— es preciso, sin proclamar formalmente la anexión de los territorios ocupados, crear hechos consumados en esas regiones liberadas». Mantiene la rígida postura de no aceptar «bajo ningún pretexto la resolución del Consejo de Seguridad del 22 de noviembre que pide a Israel regresar a las fronteras de antes del 5 de junio de 1967, e incluso de renunciar a la antigua ciudad de Jerusalén». Dayan encabeza los «halcones» israelíes.

ARGELINOS DISCRIMINADOS

Quinientos cincuenta mil argelinos trabajan en Francia. Es la emigración del hambre; y, además, discriminada. En un sondeo de opinión efectuado hace dos años entre cien franceses, y publicado en la revista «Esprit» —Sur

les opinions et attitudes des Français à l'égard des travailleurs algériens», por Jacques Mesnil— se mostraba que, para los franceses, los trabajadores argelinos son: agresivos —18 veces—, poco serios —17 veces—, perezosos o sucios —15 veces—, de mal carácter —14 veces—, susceptibles —13 veces—. Las diez características negativas sugeridas son aplicadas 129 veces a los argelinos contra 39 veces a los africanos negros y 13 veces a los portugueses. Ninguno reconoce la cualidad de «buen chico» o de «accesible y cortés» a los argelinos, que no son citados más que 13 veces respecto a las seis características positivas propuestas, atribuidas 71 veces a los africanos negros. Si el trabajador negro está considerado como «más pacífico», «más simpático», «abierto, alegre, sensible...», el trabajador argelino es juzgado «introvertido», «antipático porque no se sabe lo que piensa», «mal educado». Desde hace algunos meses, todos los argelinos que llegan a Francia están sometidos «a medidas de carácter discriminatorio y, a veces, humillantes». Ese éxodo no es tanto una emigración laboral cuanto un «transferido demográfico», que podría comprometer la promoción de la inmigración argelina.

LAS DOS BOFETADAS A KIESINGER

Las dos le llegaron de improviso. La primera —la física— le llegó de la mano de una mujer: Beate Klarsfeld, veintinueve años, casada con un periodista francés, redactor de «Combat», quien después de haber abofeteado al Canciller alemán declaraba a la prensa: «He hecho esto porque Kiesinger es un nazi, y por los millones de judíos asesinados por los nazis en Auschwitz. Lo he hecho porque sólo un escándalo puede llamar la atención del mundo sobre este asunto». La bofetada de la airada señora no fue obstáculo para que el Canciller pronunciara su discurso —calificado como brillante— ante el Congreso de su partido, provisto de gafas oscuras para esconder el aparatoso hematoma causado por la bofetada. Sin embargo, muy a su pesar, no acabaron aquí las tribulaciones de la autoridad federal. En una intervención que siguió al discurso inaugural de Kiesinger, el jefe del grupo parlamentario cristiano-demócrata, Rainer M. Barzel, asestaba moralmente la segunda bofetada al Canciller. Frente al decidido propósito del entusiasta defensor de la «grosse koalition» —a la que, por otra parte, debe su prestigio político en el interior—, Barzel, y con él un amplio sector del C. D. U., se manifestó inequívocamente en contra de la perpetuación de dicha coalición. Como se ve, el Congreso de las fuerzas democratacristianas de Alemania Federal, celebrado en Berlín, no le ha sido demasiado favorable al Canciller. Dos bofetadas en un mismo día es, evidentemente, excesivo.



America together», ha dicho Nixon—. El sentido de estas palabras, muy repetidas por los que llegan y por los que se van en sus mensajes, tiene una aplicación inmediata: se trata de buscar la forma de amalgamar quienes ahora están en lucha: blancos contra negros, jóvenes contra mayores, belicistas contra pacifistas, aislacionistas contra intervencionistas. Pero para ser realmente eficaces sólo pueden tener un sentido mucho más profundo: la reunificación, el regreso a un mismo ritmo, de los tres planos de la vida americana: el capitalismo, el popular y el político. La tarea, naturalmente, excede de las posibilidades de Nixon. Necesitaría un Presidente de una talla histórica, y no parece que Nixon lo sea. Pero la talla histórica se la puede dar el pedestal que le eleve.

Los primeros peldaños para ese pedestal han sido ya colocados bajo sus pies precisamente por sus enemigos —sus amigos, desde luego, le han dado la oportunidad: le han hecho Presidente en la convención republicana— o los que podrían serlo. El Presidente Johnson le está abriendo el camino de la paz en el Vietnam. Moscú, mediante un discurso del viceprimer ministro Mazurov, ha propuesto ya una «normalización» de las relaciones con Moscú, «que deben ser importantes no sólo para nuestros dos países, sino también para la paz mundial». Bien amarrado a estos buenos caballos, Nixon puede comenzar a tener alguna importancia. Esto facilitaría su camino futuro.

Bien entendido, nada será posible sin una concordancia de propósitos entre los grupos de capital y la base, la masa del país. Nixon podría aparecer como árbitro. Para ello habría que partir de la idea de que no se trata de hacer «concesiones», que siempre son insatisfactorias para los dos bandos, sino de establecer una acción común. Esto mismo es aplicable a las relaciones con la Unión Soviética: las concesiones mutuas, las «tolerancias», el reparto en zonas de influencia no puede tener eficacia real —el mundo no lo tolera ya—, y lo que se requiere hoy es una coexistencia positiva en vista del bien común. El capitalismo americano no saldrá de su conservadurismo haciendo concesiones, sino reformándose profundamente, incluso dejando de ser capitalismo, para inscribirse en la dinámica de la vida. Parece que éste es, ahora, el viento que sopla por aquí. Se han visto ya muchas orejas de muchos lobos. Que sea realizable o no, es otra cuestión. Hay pesimistas que creen que es demasiado tarde.

Si es demasiado tarde, si ya no hay remedio, si Nixon y su mediocridad política no son, precisamente, nada más que un símbolo de que ya es demasiado tarde, la catástrofe que se avecina es de una enorme magnitud, y la personalidad de Nixon no haría más que agravarla. Realmente, inevitablemente, va a comenzar una nueva era en la política americana. Nada puede volver a ser como antes. Pero no hay opción media para esa nueva era: o es singularmente benéfica para Estados Unidos —para el mundo— o es especialmente catastrófica. Se trata de una crisis muy grave, y no hay más que esas dos salidas posibles.

Es posible profetizar ahora que los primeros meses, aún quizá el primer año de Nixon en el poder, puedan tener un excelente aspecto. Es el tiempo de confianza, el margen de esperanza. Es el punto de partida. Los verdaderos problemas aflorarán más tarde, probablemente hacia el verano, cuando todos los intentos de solución de la multiplicidad de problemas del país aparezcan como dolorosos. Puede haber un primer período agudo, de aquí a la toma de posesión, en los últimos días de Johnson, cuando los grupos tratan de reforzar sus posiciones para la nueva negociación, para la nueva administración. Si se traspasa bien este período, Nixon tendrá por delante unos meses para arbitrar. Son la única esperanza posible.